

Héctor Díaz Polanco, *La rebelión zapatista y la autonomía*, México, Siglo XXI, 1997.

José Antonio Aguilar

El conflicto armado en Chiapas ha producido toneladas de papel en artículos periodísticos, pero no ha generado, todavía, una obra rigurosa de análisis. El panfleto y la crónica han florecido con fortunas diversas. Muchos especialistas en cuestiones indígenas han sido incorporados al conflicto, no como observadores interesados en explicarlo, sino más bien como participantes deseosos de combatir a favor de uno de los lados. Muchos se desempeñan, o se desempeñaron, como asesores del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) o del gobierno federal. Muy pocos de ellos reconocen la pérdida en objetividad que su condición de aliados —o enemigos— de una causa representa. Ello explica por qué existe un vacío de estudios no partidistas sobre el fenómeno. El que no contemos con una investigación seria de los procesos políticos y de las estructuras sociales que culminaron en el alzamiento del 1 de enero de 1994 ha sido muy costoso para la sociedad en gene-

ral y para las ciencias sociales en particular. Desafortunadamente, el libro de Díaz Polanco, uno de los defensores más precoces de la causa de la autonomía indígena, no es una excepción.

La rebelión zapatista es un libro ideológico de cabo a rabo. La estructura es una mezcla de ensayo monográfico y panfleto, sin acabar siendo alguno. El preámbulo anuncia la intención. Según Díaz Polanco, a los ojos de los gobernantes las comunidades indígenas son "pueblos invisibles y prescindibles. Lo que los hace invisibles es su cosmogonía incorpórea, sus relaciones misteriosas, su rebeldía a aceptar reglas que los condenan a desaparecer". Es la entronización de lugares comunes que poco ayudan a la comprensión del fenómeno. La tesis central de la obra es que las posibilidades de construir un Estado multiétnico y democrático depende de que se establezcan regímenes de autonomía. Ésta es una hipótesis que, a lo largo del libro, no encuentra sustento ni empírico ni lógico. No es claro en lo

absoluto por qué el régimen de autonomía, y no otro, sería la "pieza clave del futuro Estado multiétnico". El autor no presenta estudios de caso que permitan avalar esta afirmación. Las experiencias autonómicas que menciona, Nicaragua y Groenlandia, sólo son descritas formalmente; por ningún lado aparece una evaluación medida de los resultados de esos casos. Lo que permea el libro es una confianza desmedida en que los argumentos resultarán convincentes por sí mismos. Por eso Díaz Polanco afirma que "el fantasma de la autonomía recorre Indoamérica". Esta profesión de fe no es, por supuesto, nada nueva: sólo ha encontrado un cuerpo diferente.

Un ánimo teleológico recorre la obra: las luchas indígenas a lo largo del continente no son sino pasos hacia la autonomía. Esta pretensión de que existe una progresión hacia un fin determinado desnaturaliza los acontecimientos. Sólo así puede Díaz Polanco afirmar que la última aparición del fantasma de la autonomía, a principios de 1994, vino de "las profundidades de la selva lacandona, armado y con pasamontañas". Ésta no es nada más una interpretación libre de la revuelta zapatista: es una abierta tergiversación de los hechos. Lo que podría ser una pregunta clave (¿por qué los zapatistas no articularon, desde el principio, un discurso autonómico?) se convierte en un detalle sin importancia. De paso se afirma que la autonomía "apareció primero tímidamente" en las declaraciones públicas de la dirigencia rebelde.

El segundo problema serio es lo infundado de la propuesta angular del

libro. Si se afirma que la autonomía regional es posible, el autor debería discutir seriamente las posibilidades reales de segmentación territorial. ¿Cuántas de las etnias se encuentran concentradas geográficamente de manera que fuera posible crear una región autonómica? ¿En cuántos estados se encuentran mezclados asentamientos de más de una etnia junto con mestizos? Un mapa de lo que podrían ser estas regiones está ausente. Nada de esto aparece en el libro. Ni siquiera hay una tabla básica de evolución de la población indígena del país a lo largo del tiempo. Los datos son apenas los básicos y ni siquiera se recurre a la información más reciente. Los números están tomados del censo de 1990 y no consideran estimaciones posteriores. Sobre el efecto real de políticas concretas, como la modificación del régimen de la propiedad agraria, sólo hay lucubraciones. "A unos años de vigencia", afirma Díaz Polanco, "las medidas indicadas mostraron, en el centro y norte del país, efectos disolventes y empobrecedores sobre los núcleos agrarios". ¿Cómo sustenta este juicio el autor? De ninguna forma. No sabemos cuántos ejidos fueron parcelados y vendidos, no tenemos estudios econométricos que relacionen el ingreso con las nuevas formas de propiedad. La escasa evidencia presentada proviene de los diarios y es, fundamentalmente, anecdótica. ¿Cómo es posible hacer recomendaciones responsables en estas circunstancias? Para Díaz Polanco sólo los "intelectuales ligados al régimen" pueden objetar su ánimo justiciero y poner atención en detalles "técnicos".

Con todo, lo cierto es que Díaz Polanco es, entre los proponentes de los derechos indígenas, uno de los más lúcidos. Reconoce la necesidad de considerar el posible conflicto entre los derechos comunitarios y las garantías individuales. Se ha hecho algunas preguntas que pocos, de entre los que militan en sus filas, se hacen. Es una

pena que el segundo capítulo del libro, que recoge la investigación de archivo realizada por el autor sobre algunas insurrecciones indígenas en el siglo XVII, se presente junto con los otros que buscan convencer a una sociedad incrédula de las bondades del proyecto autonómico. En medio de ese manifiesto, este capítulo está fuera de lugar.